

## Entre erizos y zorros

Un refrescante libro de Philip E. Tetlock sobre probabilidad en geopolítica demuestra que la posibilidad de que un experto acierte es inversamente proporcional a su renombre

Por Santos Juliá

**ENSAYO.** ESTE ES UN LIBRO muy, muy refrescante, que ningún experto en análisis político —o que se engole al presentarse como tal— puede ignorar. El autor, un psicólogo de la Universidad de Berkeley, ha reunido durante más de 20 años las respuestas de 284 expertos a sus preguntas sobre el grado de probabilidad de lo que podría o no ocurrir en asuntos relacionados con la política mundial o la geopolítica: si el final del *apartheid* en Sudáfrica sería o no violento, si existía alguna esperanza en el futuro de la Rusia poscomunista, si Canadá acabaría dividida en dos Estados. Lástima, dicho sea de paso, que el libro se confeccionara años antes del comienzo del famoso *procés* catalán. En todo caso, las respuestas acumuladas, esto es, las predicciones distribuidas por estos expertos entre diversos grados de probabilidad suman la abrumadora cifra de 82.361, material del que Tetlock derivará sus más sugerentes conclusiones.

La principal, sin perjuicio del resto, podría desanimar a cualquiera a convertirse en un experto, porque según los resultados de esta investigación la posibilidad de que un experto acierte es inversamente proporcional a su renombre, a su autoconfianza y... ¡a la profundidad de sus conocimientos! Y esto ocurre no solo porque el umbral de rendimientos decrecientes del conocimiento se alcanza muy pronto, sino porque el volumen de conocimientos supone un *handicap* para buena parte de los expertos: conocer mucho de un tema puede bloquear la capacidad de formular juicios acertados. Más aún, la gente que sigue los hechos de actualidad leyendo periódicos o revistas de manera regular está capacitada para predecir el futuro con un grado de acierto aproximadamente igual al de los expertos que escriben informes sobre los mismos temas. En definitiva, ser experto no es un título que garan-

tice a nadie ser más acertado en sus juicios que cualquier lector no experto pero bien informado.

Esta conclusión, por así decir, general de esta indagación —que, por cierto, no ha perdido nada de su gracia y aparente ligereza en la traducción de Jorge Sola— podría invitar a un deslizamiento hacia el escepticismo radical, que en este caso significaría equiparar el buen juicio político a la buena suerte: tocaba acertar. De hecho, resulta muy decepcionante saber que, en un experimento de laboratorio,



Tres víctimas de enfrentamientos raciales en Sudáfrica.

los ratoncillos acertaron, en proporción significativamente superior a los estudiantes graduados de Harvard, el conducto por el que habría de aparecer cada nueva ración de alimento. Pero Tetlock no se deja llevar por esta diabólica tentación y prefiere optar por lo que llama el *meliorismo*, una actitud que consiste en afirmar que no es puro quijotismo proceder a la búsqueda de indicadores del buen juicio e intentar mejorarlos.

Tratándose, pues, de una actitud del espíritu, ya se entiende que lo importante en el buen juicio político no consiste en *quiénes* son los expertos (el más experto

de todos puede equivocarse tanto como el último de la fila), ni en *qué* piensan, o sea, lo que Hayden Waite hablando de historiadores definió como modo de implicación ideológica (si son progresistas o conservadores, optimistas o pesimistas, por ejemplo), sino en *cómo* piensan. Lo que importa de verdad, según Tetlock, es el estilo cognitivo, un concepto lábil que le permite clasificar a los expertos que han participado en su investigación en un *continuum* que va del erizo al zorro, los dos estilos que codificó Isaiah Berlin en un ensayo memorable. Adelantando sus conclusiones, Tetlock informa que los enérgicos erizos de su investigación sabían mucho de un gran tema y tendían a extender el poder explicativo a nuevos casos, y se equivocaban, claro; mientras que a los zorros, que sabían poco de muchos temas, no les importaba improvisar cuando se enfrentaban a algo nuevo en un mundo que cambia sin parar, y acertaban o, vale, no siempre, pero sí más que los erizos.

Naturalmente, el autor, que tiene también su corazoncito, nos va revelando que sus preferencias se dirigen a un estilo de pensamiento que mezcle a partes más o menos iguales al zorro con el erizo, mejor si es estilo zorrito que erizorro. Su trabajo, por tanto, está lejos de ser una invitación al todo vale, menos aún a la arrogancia de quien nunca se equivoca o del ya lo dije yo, sino a lo que constituye la gran fiesta del auténtico investigador: cambiar de juicio cuando los hechos cambian o cuando tropieza con una inesperada evidencia en su camino. Es estupefacto, a este respecto, la cita —quizá apócrifa, pero poco importa— que preside el capítulo 4 del libro, dedicado a las pruebas del buen juicio basadas en la teoría bayesiana de probabilidad: "Cuando los hechos cambian, yo cambio de idea. ¿Qué hace usted, señor?". Claro que esta pregunta tiene sentido si quien la plantea es un zorro muy especial, más bien un zorrito que sabía mucho de muchas cosas, también de los límites del conocimiento: John Maynard Keynes, que acertó plenamente cuando, al término de la Gran Guerra, predijo las consecuencias económicas de la paz de Versalles. •

## La 'matrioska' en novela

Por J. Ernesto Ayala-Dip

**NARRATIVA.** DE SU GALDOSIANA *Ahogada en llamas*, Jesús Ruiz Mantilla pasa ahora en *Hotel Transición* a una novela de múltiples claves narrativas. Una de ellas es la incursión en el realismo. Otra, superpuesta, la novela que juega a enfrentar dos tiempos históricos y a que dialoguen (sin dejar por ello de sacarse los trapos al sol), tal vez también a que a la larga se reconcilien. *Hotel Transición* es también un relato de formación, donde el protagonista tiene que apéchar con varios interrogantes: familias, íntimos e históricos. Otra novela también podría ser la que se interroga sobre sí misma, no sobre la novela en general, porque si no estaríamos en el terreno de la metaficción, sino sobre la que estamos leyendo.

Narrada en primera persona, alguien desde la habitación de un hotel nos cuenta su infancia, cuando se llamaba Chicho, cuando su madre regentaba un hotel y su padre daba clases, todo ello en aquel contexto político y social que se dio en llamar "la transición española".

Esa voz, como agazapada en un presente, que también es el del lector, nos habla en continua interpelación a su pasado, sin ahorrar análisis, diagnósticos y contenidos críticos a ambos.

Mientras leemos esta novela, otra de las que se *superponen*, una que bien podríamos llamar generacional, vemos deslizarse con casi secreta presencia la que a este crítico le hubiera gustado más: la de la vida de la madre del narrador cuando es un crío, la misteriosa historia de amor de la madre con un viajante de comercio todavía más misterioso, a espaldas de su marido, el padre de Chicho, del narrador que nos habla desde una habitación de hotel, ahora. Volvamos más arriba, cuando hablaba de la interrogación que se opera en el seno del libro que leemos. Ruiz Mantilla, detrás de un narrador muy consciente de lo que hace, y sobre todo de lo que también hace mal, urde su novela y a la vez el antídoto que la protege de su posible naufragio. Por ejemplo: si el narrador del presente se pone muy pesado con el uso y abuso de su intrusión moralizante, inmediatamente él mismo se cuestiona esa intrusión. Tal solución me parece ingeniosa. Entre otras cosas porque se da en la esfera del relato como juego narrativo. O como guiño. O disimulado auxilio al lector.

De todas las novelas que hay en *Hotel Transición*, no obstante yo me quedo con la que Jesús Ruiz Mantilla desaprovechó. Esa que la madre del narrador se merecía toda para ella sola. Y luego hay también hay otra en ciernes. La de esa estupenda tía Cuca que quiere saberlo todo sobre el sexo antes de morir. *Hotel Transición* es una buena novela. Pero con algunas líneas argumentales que nunca deberían entorpecer las dos mejores que prometían. •



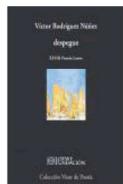
**Hotel Transición**  
Jesús Ruiz Mantilla  
Alianza  
Madrid, 2016  
320 páginas, 18 euros

## El viaje circular

El cubano Víctor Rodríguez Núñez ganó el Premio Loewe con un recorrido de ida y vuelta a La Habana pasando por EE UU

Por Luis Bagué Quílez

**POESÍA.** GALARDONADO CON EL Premio Loewe, el último libro del cubano Víctor Rodríguez Núñez (1955) es la crónica magnética de un viaje imposible, pues "uno no viene de ninguna parte / uno no se va nunca". El sujeto de *despegue* (con minúscula inicial) despegue de un aeropuerto y se despegue de las adherencias de la geografía física para dejar testimonio de un desplazamiento verbal que parte de La Habana y llega a La Habana, tras una escala en Estados Unidos. Este recorrido circular por tierra, mar y aire desemboca en el río revuelto de la identidad: la de un yo que es a la vez ciudadano del mundo y



**Despegue**  
Víctor Rodríguez Núñez  
Visor  
Madrid, 2016  
104 páginas, 12 euros

heredero del desarraigo. Por eso el lector no encontrará aquí la paleta pintoresca del viajero ni el lamento del peregrino en su patria, aunque el personaje padez-

ca fronteras y arrastre el sambenito del destierro: "no crees en el sistema donde tienes hogar / nunca te dio un hogar el sistema en que crees". Tanto si se pasea por el Malecón de La Habana como si recorre los icónicos valles norteamericanos, el autor proyecta una visión caracterizada por la concentración conceptual, el léxico exuberante, los giros coloquiales y las rupturas lógicas, que obturan la interpretación lineal y exigen una lectura a saltos. Estos recursos aportan la savia retórica al nomadismo por una "deforestada selva de cemento" en la que "se tejen celulares / y se recargan alpargatas nórdicas". No obstante, a Rodríguez Núñez le interesa particularmente la geografía humana: obreros y panaderos, monjas y santeras, ávidos turistas y detritus de la *white trash* asoman a los versos para dar cuenta de un presente en el que no hay futuro. Donde el poeta pone el ojo, pone la metáfora: "dios es impresionista", "el paisaje se ha quedado en los huesos", "este país se nos fue de los pies". Esta vez el Loewe ha apostado por algo distinto. Y ha acertado. •